VARIEDADES

DE LA RELIGIOSIDAD Y DEL MISTICISMO EN LAS OBRAS DEL GRECO

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE SESIÓN ACADÉMICA CELEBRADA EN TOLEDO EN 6 DE ABRIL DE 1914 PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL GRECO

Excmo. señor (1):

Señores académicos:

Señoras:

Señores:

La noble idea de la conmemoración del Greco en el tercer centenario de su muerte, años ha lanzada en esta patria adoptiva del artista, llega al tiempo de su madurez y plenitud. Consecutivos avances para el logro de este resultado han venido siendo las conferencias de difusión y de cultura con que sabios maestros y notables críticos de Arte coadyuvaron á la común obra, asentando los sólidos fundamentos, sin los cuales hubiera dado consigo en tierra el edificio. Tócame hoy á mí el turno, impulsado por mi amor á la idea que provocó la celebración de estas solemnidades centenarias y constreñido por el deber de la actuación, que las circunstancias me imponen, como Presidente de la Junta organizadora del Centenario del Greco. Elegido para tal cargo, superior á mis merecimientos, por lo que pudiera llamarse la conjunción de las fuerzas vivas de Toledo con el Patronato del Museo del Greco; designado, á más, por la Real Academia de la Historia, cuya voz llevo en estos momentos, y por la Socie-

(1) El Excmo. Sr. D. Pedro Poggio, Inspector general de Bellas Artes, que ostentaba la representación del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes.

dad española de Amigos del Arte, para representarlas en los actos del Centenario, cábenme el gozo y la honra de dirigiros la palabra en ocasión tan solemne, en el mismo seno de mi natal y amada Toledo, en uno de los más castizos rincones de la ciudad incomparable, en este Seminario Conciliar Central de San Ildefonso, al cual, como al olmo la yedra, está enlazado el insigne Colegio de Santa Catalina, Virgen y Mártir, Universidad que fué de Toledo, cuyo Patronato ostento, y que los Álvarez de Toledo, mis progenitores, fundaron y dotaron para bien de la religión, de la república y de las letras patrias.

En descargo, pues, de la comisión aceptada, y respondiendo á un íntimo convencimiento, pláceme exponer algunas consideraciones acerca *de la religiosidad y del misticismo en las obras del Greco*.

Nacido Doménikos Theotokopoulos en la isla de Creta, Candía para los venecianos; trasladado muy joven á Italia, joven aún llegado á España y á Toledo, donde halla su segunda y más verdadera patria, que ya no abandonará jamás, en estas tres etapas de su vida, que matizan y modifican los dotes de un original temperamento, hay que buscar los caracteres de su relevante personalidad artística. Cristiano por su raza y por su nacimiento, al igual que sus compatriotas, aún por entonces no domeñados por los turcos; griego y dorio por su origen y representante, como sus conterráneos, de una civilización primitiva y archisecular; políticamente veneciano, por ser entonces Creta una floreciente colonia, sometida desde el siglo XIII á la Reina del Adriático; italiano circunstancial por sus estancias en Venecia y en Roma, era y fué, como no podía menos de ser, dados el medio y el tiempo en que se desarrolló casi la primera mitad de su existencia, un *cristiano meridional* y un hombre del Renacimiento. Pero en tanto que su espíritu cristiano se sutilizaba y sublimaba acariciado por las tradiciones de su patria, en que la huella moral de San Pablo era harto más reciente que las de Zeus y de Minos, y en armonía con sus tendencias y aficiones filosóficas, su educación y sus posibles gustos renacientes sentíanse atenuados y como deprimidos por sus achaques orientales y bizantinos, de que tam-

bién participaba Venecia, por su peculiar idiosincrasia y por el temple de su alma altiva, é independiente como su raza, fuerte y recia como los cantiles y montañas de su quebradísima isla natal.

En fecha y con ocasión aún no bien averiguadas, este artista extraordinario viene á Toledo, y las condiciones de raza y de localidad, que aquí halla, comienzan pronto á labrar en su ánimo impresionable. No se palpaba en Toledo la rudeza de Creta ni el refinamiento de Venecia y Roma. Era tal vez esto por los años 1575 ó 1576. La corte se había ausentado tres lustros antes; pero, según noticias fidedignas que tengo consignadas en uno de mis libros *de re toletana* (1), la ciudad no sólo no hubo de perder mucho con ello, sino que, á pesar de ello, había en realidad ganado. La llegada del Greco á Toledo parece coincidir exactamente con el aumento de su población, comprobado por mí con documentos coetáneos, y con la benéfica gestión del famoso Corregidor D. Juan Gutiérrez Tello, que tantas obras de urbanización, utilidad, ornato y recreo llevó á cabo en bien de estos patricios. No se encontró, pues, aquí el Greco con un pueblo decadente, con un ambiente pesimista ni con un estado melancólico de los espíritus. Hallóse, sí, con una abrupta roca fantásticamente recortada por el Tajo; con una naturaleza grave y casi austera; con un revuelto conglomerado de muros, torres y templos de aspecto arcaico y medioeval; y ocupando en apretado haz este sugerente conjunto, con un mundo de clérigos, de frailes y de nobles, de menestrales y traficantes, en que, si existía una relativa ponderación de fuerzas sociales, la Iglesia y la Nobleza, pero principalmente la primera, eran los más importantes factores de la república. Toledo, en efecto, seguía siendo la capital eclesiástica de España y uno de los grandes centros religiosos del orbe. La secular y casi apostólica iglesia toledana, de la que dijo el santo Pontífice Pío V que era la más insigne del mundo; los prelados de Toledo, verdaderos príncipes por su autoridad, su valer y sus riquezas; los institutos monásticos de va-

(1) *Toledo en el siglo XVI* (Madrid, 1901). *Vid.*, pág. 54 y nota 129.

rones y de mujeres, entonces tan numerosos é influyentes, marcaban la pauta, á que ajustaban su sentir todos los ciudadanos, de alto á bajo. La Toledo, á que llegó el Greco, es la que pocos años antes había visto fundar allí á San Francisco de Borja la célebre casa profesa y á Santa Teresa su monasterio carmelita de San José, y la que pocos años después había de ver á los carmelitas descalzos implantar la estrecha reforma teresiana. La Toledo, á que llegó el Greco, seguía siendo el mismo pueblo, de cuyos habitantes había alabado no muchos años antes nuestro historiador local Pedro de Alcocer la virtud y el recogimiento de la clerecía y la gran devoción de los ciudadanos en misas, sermones y sacramentos, «tanto—dice—que en esto parece de continuo Semana Santa» (1). Toledo, que en frases de insignes escritores de aquellos tiempos, era la *Ciudad Santa*, *Roma segunda, gloria y corazón de España y luz de sus ciudades;* Toledo, tan sólidamente apegada á nuestra secular tradición religiosa, que en aquel tráfago de ideas novadoras y de falsa reforma, que en el siglo XVI conmovió á Europa y llegó á repercutir hasta en varias ciudades de Castilla, se mantuvo firme en la fe recibida de San Eugenio, al calor de aquel hábito de enfervorizamiento y de misticismo, que envolvieron en mucha parte el arte, las letras y las costumbres públicas, vino á ser como la fórmula del ideal religioso y espiritualista del pueblo español.

Tal es la Toledo que encuentra el Greco cuando aquí acude para decorar con su arte maravilloso el templo cisterciense de Santo Domingo el Antiguo. Huésped extraño en la ciudad era entonces y extranjero se sentía, aun cuando, en 1579 y con ocasión del pleito del *Espolio*, solicitaba copia de las diligencias sumariales por no entender bien la lengua castellana. Mas ¿cómo puede sorprender esto, ni qué representan un año ni dos, dada su filiación greco-italiana y ante el hecho de una larga permanencia y de una febril actividad que, en efecto, se afirma y desarrolla en Toledo casi por espacio de cuarenta años?

---

(1) ALCOCER, *Hystoria o descripcion de la Imperial Cibdad de Toledo*, fol. CXXIIII.

«El estado de las costumbres y del espíritu—dice Taine (1)—es el mismo para el público y para los artistas; éstos no son hombres aislados.» El Greco no se aisló, no pudo aislarse en Toledo. Al calor de los éxitos de Santo Domingo el Antiguo, del *Espolio* y del *Entierro del Señor de Orgaz*, en constante comercio con aquellos caballeros, eclesiásticos y burgueses, creada por él, á lo que parece, en esta ciudad, una familia que fué una familia toledana más, y estimulado su genio de artista por lo que veía, lo que sentía y lo que le rodeaba, fué, con ser extranjero, el pintor más español de todos los de su tiempo; no ciertamente por sus procedimientos técnicos, sí por la expresión más ajustada de nuestro sentimiento nacional en lo que tenía de más característico, noble y depurado. Así Toledo fué para aquel hombre venido de tan luengas tierras, el natural campo de cultivo y producción, si bien no tanto en lo que la ciudad ofrecía de material y tangible, cuanto en lo que encerraba de espiritual y simbólico. Y así fueron saliendo de su taller obras y más obras, de las que la moderna crítica suele hacer objeto de favorables ó adversas censuras, y en las que siempre hay algo digno de estudio, de admiración ó de extrañeza.

Uno de los más grandes y más originales poetas españoles del pasado siglo, Campoamor, dijo agudamente que en toda producción literaria lo primero es el asunto, lo segundo el asunto y lo tercero el asunto (2). Con las debidas reservas que hacen necesarios el pensamiento y la paradoja, que en esta frase se encierran, abundo en la opinión del poeta-filósofo de Navia, ya se trate de obras poéticas ó de obras pictóricas. Asunto vale tanto como decir argumento y acción, y el argumento y la acción, esto es, el asunto, es lo primero que ante una obra del Greco salta á la vista de todo el que no sea un profesional de la Pintura. Y ¿cuáles son los *asuntos* de los cuadros del Greco? He aquí lo que nos responde la estadística, basada en el Catálogo de las obras del artista que formó el más notable y conocido de sus críti-

(1) *Filosofía del Arte. La Pintura en Italia.* Primera parte, cap. I.
(2) Prólogo de *Los pequeños poemas*, párrafo IV.

cos (1): Cuadros de índole religiosa, 368. Retratos, 53. Composiciones inspiradas en la historia clásica, 1. Obras de carácter legendario, 2. Obras de carácter alegórico, 5. Escenas de género, 6. Paisajes y perspectivas arquitectónicas, 3. Hay que notar que en estas cifras van comprendidas las repeticiones, muy abundantes en el Greco, y que habido ello en cuenta, el ya escasísimo número de obras legendarias, alegóricas, de género y de paisaje, descontadas las réplicas y circunscribiéndonos á las composiciones-tipos, quedaría reducido á uno, tres, uno y dos, respectivamente. Clara es la consecuencia que de todo esto se deriva. El Greco fué, casi exclusivamente, por sus asuntos, pintor religioso y pintor de retratos. Aunque él era un griego que leía á Homero y á Aristóteles; aunque él era un italiano de adopción, familiarizado con Petrarca y Ariosto; aunque en Toledo saltaban á su vista por todas partes, estimulantes y sugestivas, las reliquias y las espléndidas obras de las civilizaciones orientales, de la gótica y de la renaciente, y, aunque tan cerca de sí tenía á toda hora, que casi los tocaba con la mano desde su estudio, los intensos paisajes y admirables perspectivas del Tajo, los montes y los cigarrales, hecha abstracción de cuanto tangible le rodeaba, lo que más interesaba á su constitución espiritual de creyente y de psicólogo, lo que hacía vibrar la cuerda de su inspiración, era lo divino universal y lo humano local; eran el género religioso y el retrato.

Prescindamos ahora del retratista y analicemos al pintor religioso. ¿Cómo lo fué? En Italia, al modo de los maestros venecianos, con la espléndida pompa, con las perspectivas arquitectónicas, con la riqueza de detalles y con el carácter naturalista, que hicieron de muchas de las obras de aquellos artistas, no escenas de la historia sacra, sino episodios de la humana y profana. Ejemplos de esta pintura-tipo son sus composiciones *La curación del ciego* y *Cristo arrojando del templo á los mercaderes*, de que dejó en su fase española alguna réplica, y en las que, á la verdad, no vuela muy alta la inspiración religiosa. Por lo contrario, ya en España y en Toledo, no bien aclimatado aún entre nosotros,

(1) Cossío, *El Greco*, págs. 549 y siguientes.

aclimátase pronto su espíritu; no es influyente, que es influído, y al contacto con nuestras aficiones y con nuestras creencias fúndense y se compenetran por modo maravilloso algo muy nuevo, lo insólito de su técnica, con algo muy viejo, muy fundamental y permanente: el secular sentimiento religioso de la raza, arraigado y como petrificado en Toledo, corazón de nuestra individualidad nacional.

La principal fuente á que acude para inspirarse es aquella inagotable en que vienen bebiendo los artistas españoles. Lector de la Biblia, lo que más le atrae es el Nuevo Testamento, la vida y la representación de Cristo y de la Virgen. El nacimiento del Señor, la adoración de los pastores y la de los Reyes, la huída á Egipto, el bautismo de Cristo, la última Cena, la oración del huerto, el prendimiento, el espolio, la escena del Calvario, Jesucristo difunto entre ángeles y sostenido por el Padre Eterno y la Resurrección; he aquí sus asuntos dentro de este orden. Junto á ellos las representaciones del Salvador solo: Cristo abrazado á la Cruz, Cristo benedicente, Cristo crucificado, este último sobre todo, del que se conservan, obedeciendo á dos distintos tipos, aunque con variantes, unas veinte réplicas conocidas.

No en tan gran número, pero tampoco escasas, ofrécense las escenas de la vida de la Virgen. Ved á María representada sola, y en su Natividad, y en sus Desposorios, y en la Anunciación, y en su dolorosa Piedad, y en la Pentecostés, y en la Asunción y en la Coronación. Y como natural complemento la Sagrada Familia, en cuyas representaciones, debidas al Greco, el amable naturalismo ni ahuyenta ni perturba á la sincera inspiración religiosa.

Cual constelaciones de estrellas que rodearan á aquellas dos de primera magnitud, vienen luego los Apóstoles, los Apostolados en conjunto y los Evangelistas. Primero los dos más grandes y para el artista más caros. San Pedro y San Pablo, juntos ó separados, aquél, ora en su ecuanimidad, ora con sus lágrimas; éste, apoyando la diestra en un mandoble y teniendo en la otra mano el característico emblema de la filiación cretense del autor. Después las series de Apóstoles, de repetidos tipos las más de las veces, y

los Evangelistas, que cierran el primer ciclo histórico del Cristianismo. San José, bienaventurado de poco extendido culto, cuyo desarrollo coincide en Toledo con las estancias de Santa Teresa, las últimas de ellas coetáneas de la llegada del Greco, ocupa el pincel de éste, como principal personaje, en dos ocasiones. El precursor San Juan Bautista, ya solo, ya acompañado de su homónimo el Evangelista, aparece también, aunque no prodigado. Ahora son los mártires, aquí San Sebastián, de culto y devoción muy antiguos en España; allá, San Mauricio y sus compañeros tebeos, de heroica historia, difundida por la cristiandad. No podían faltar nuestros dos más insignes santos prelados, San Eugenio y San Ildefonso, luz y ornamento de esta veneranda sede toledana. Tampoco falta el glorioso soldado-obispo de Tours, San Martín, un panonio, cuya fama y hechos, como la devoción que inspiró desde el mismo siglo v, fueron en toda la Europa meridional y occidental populares. Entre los Doctores de la Iglesia topamos con San Agustín y con San Jerónimo, de arraigadísimo culto este último en Toledo y en su región, gran figura repetidamente tratada por el artista. Entre los fundadores vemos á San Basilio, á San Benito, á San Bernardo, á Santo Domingo de Guzmán y á San Francisco de Asís, sujeto este último predilecto para el artista y muchas veces reproducido en sus lienzos. En fin, como á representantes y continuadores de la gran familia seráfica, podemos contemplar, tratados por nuestro Dominico, á San Antonio de Padua, á San Buenaventura y á San Bernardino de Sena, figuras morales de gran relieve, que, con no ser españolas, eran en tiempo del Greco popularísimas y familiares en toda Castilla, y acaso la última de ellas, singularmente en Toledo.

Mucho más reducido es para el Greco el mundo de las santas. Santa Catalina, la patrona de los filósofos, cuyo noble culto en Toledo y en este centro del saber es histórico y se compenetra con nuestras más puras glorias escolares; y Santa Inés, la noble virgen y mártir romana, alguna vez le ocuparon; pero mejor se ajustaba á sus visiones de arte la representación de la santa mujer Verónica, y sobre todo y reiteradamente la de Santa María Magdalena, figura de irresistible atractivo para un artista, y que para

el Greco, enamorado de la realidad idealizada, debía de serlo doblemente.

Todos estos asuntos religiosos tratólos siempre Theotocópuli, en mi juicio, con una sinceridad adecuada á la que era propia de sus creencias y convicciones. El examen de su vasta producción no permite dudar de ello; pero fuerza es reconocer, en cambio, que, ora por la mayor ó menor intensidad con que sentía los diversos asuntos, ora por su vario estado anímico del momento, ora también, lo que es aún más probable, por lo complejo y singular de sus facultades artísticas, los resultados que obtuvo, á lo menos en relación con nuestro actual modo de ver y de sentir, fueron muy diversos. La falta de ponderación de nuestro gran pintor es en este particular evidente, sin que ello menoscabe el concepto que debemos formar de su genio, sino, antes bien, todo lo contrario. Así, al que no haya penetrado en el espíritu del maestro, sorprenderá, sin duda, que el mismo artista que creó, por ejemplo, aquellas *Anunciaciones* tan idealistas y *divinas*, diese vida á aquellos *Apóstoles* tan *humanos*, y que quien trazó aquellos grupos de seres de la *Pentecostés* y de la *Resurrección* del Museo del Prado, violentos y retorcidos hasta el parasismo, diera forma á aquel hercúleo jayán desnudo de la Catedral de Palencia, en quien, inspirándose en el realismo más crudo, pretendió representar á San Sebastián, mártir. El Greco, pintor religioso, podrá, aunque sincero siempre, ser discutido cuanto á los medios de expresión por él en unas ú otras ocasiones adoptados. Pero hay una modalidad de su pintura religiosa en que ni puede ser discutido ni, en lo que se me alcanza, casi puede ser superado. Refiérome, y ello ya habrá podido vislumbrarse, al Greco en su calidad de pintor místico y ascético.

Cuanto hay de lo ponderado á lo imponderable, cuanto hay de la tierra al cielo, hay también entre la religiosidad y el misticismo. Es el misticismo, en el orden especulativo, la doctrina religiosa ó filosófica que enseña la comunicación inmediata y directa entre el hombre y la divinidad, en la visión intuitiva ó en el éxtasis. Pero en el orden real y práctico es el amor de Dios en su más alto ideal de perfección; es «una efervescencia de la

voluntad y del pensamiento; una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas» (1); es una emoción *real-ideal*, la más pura y más intensa de todas; es como la cúpula y el remate de la vida espiritual; es, en fin, un sueño voluptuoso de las potencias del alma, arrebatada al seno de Dios para beber la sabiduría eterna.

La sociedad española de la época del Greco era en su totalidad religiosa; pero de su propio seno surgió una numerosa y selecta minoría en que, por las condiciones de la raza y del momento histórico, el más acendrado misticismo tuvo su natural asiento. Causa y efecto á la vez de ese estado de los espíritus fué el vigoroso desarrollo y el lozano florecimiento de nuestra literatura mística, fuente perenne é inagotable, en que el alma, sedienta de belleza, al par que bebe todas las galanuras de que es capaz y susceptible el habla castellana, absorbe las puras linfas de la vida espiritual y contemplativa para remontarse después á las serenas regiones, en que irradia la Belleza infinita. Hay que leer la prosa, ora grave y severa, ora suavísima y encantadora, ya vivacísima y espléndida, ya sublime y arrebatada, con que los Ávilas y Granadas, los Zárates y Estellas, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, fray Luis de León y fray Juan de los Ángeles, y Márquez y Ribadeneyra y La Palma y Roa y otros cien escalaron en sus inmortales obras las más altas cumbres del misticismo y de los misterios inefables.

De ese misticismo cristiano, verdaderamente castizo y nacional, recogido y contemplativo á las veces, á las veces férvido y apasionado; de ese misticismo que no sacrificó el libre albedrío ni la personalidad humana, antes saturado de un poderoso individualismo; tan diverso del misticismo indio, enervante y pesimista, como del misticismo judaico, hijo de la filosofía alejandrina, como del fanatismo místico, hijo del Protestantismo, que en España también dejó sentir sus efectos, como del quietismo y del molinosismo, adoradores de la nada, como de los heterodoxos

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, *De la poesía mística*. Discurso de entrada en la Real Academia Española.

misticismos modernos, que en sus variadas manifestaciones sólo del misticismo tienen el nombre, es hermano entero el impreso en muchas de las obras del Greco, particularmente de su segunda y tercera época española. Nada demuestran, nada pueden demostrar en contrario las afirmaciones de una novísima crítica, según la cual el Greco no fué un místico español ni podía serlo, por su amor fervoroso á la Naturaleza, y su afán de sublimarla á través de un ideal realista (1). Nada pueden demostrar en contrario las conclusiones de una crítica sabia, pero en este particular inconsistente, que atribuye casi exclusivamente en el Greco á la supuesta tristeza y al supuesto pesimismo de la raza (2) lo que fué efecto de una sincera convicción espiritualista y de una hondísima emoción producida por nuestros venerandos dogmas y creencias y reflejada como en fiel espejo en numerosas producciones del cretense. Bien será examinar algunas de ellas, las que estimo más ajustadas al misticismo del autor en sus diversos matices.

Dentro del ciclo concerniente á la divina figura del Redentor del mundo, quiero recordar tres tipos distintos, todos ellos repetidos y alguno con profusión por el Greco. El *Cristo abrazado á la cruz*, del Museo del Prado, y mejor aún el del Sr. Beruete, en que la claridad, vaga de contornos, que rodea la noble cabeza, desmiente esta vez el tan decantado naturalismo del artista, parece que escruta, en el insondable infinito, la voluntad del Padre, que le envió al sacrificio que ha de salvar á los hombres. Un rostro de carácter más idealista en el amplio sentido que suele darse á esta palabra, una expresión de amor sublime, de abnegación y de inefable dulzura, son los rasgos más salien-

---

(1) *Domenico Theotocopulo, el Greco.* Artículo de D. Aurelio Cabrera y Gallardo, publicado en la revista *Centenario del Greco*, núm. 3 (18 de Marzo de 1914), y reproducido en el periódico *El Eco Toledano*, número del 28 de Marzo del mismo año.

(2) Cossío. Esta curiosa especie de la *tristeza* de los toledanos contemporáneos del Greco ha hecho fortuna. Puede verse revivir en algún libro posterior al de Cossío; así en el de tan agradable lectura como de poca sustancia, de Maurice Barrès.

tes del protagonista del maravilloso *Espolio* de la Catedral primada, en cuyo elogio se ha saciado la crítica del presente y del pasado tiempo, considerando, y con razón, que «con él se llega á uno de los momentos capitales en la producción del artista; para muchos, al culminante; para todos, al de expresión de mayor sublimidad y grandeza poética» (1). Muy otro carácter ofrece el tipo del *Salvador benedicente*, según se ve, por ejemplo, en el lienzo del Museo del Greco, de esta ciudad. En la majestuosa cabeza, rodeada también, pese al achaque naturalista, de gloriosa claridad, la intensísima mirada y la preternatural serenidad, denuncian una intuición felicísima del artista, que parece haber sorprendido y expresar juntamente dos de las infinitas excelencias del Dios Hombre, aquí si misericordioso *in actu*, justiciero *in potentia*. La benignidad del tipo se atenúa tanto más cuanto se consolida el gesto imperturbable en el rostro, visto también de frente, del lienzo de la Verónica, de Santo Domingo el Antiguo, en que algo misterioso y arcano, algo inquietante y terrible sorprende y atemoriza al espectador con la fuerza de lo imprevisto.

Los medios varios de expresión, que aplicó el Greco para infundir el misticismo en las representaciones de la Virgen, resplandecen en los diversos asuntos y concepciones de este orden tratados y creadas por nuestro artista. Ved, por ejemplo, la serie de las *Anunciaciones*, el asunto mariano que más le interesó, en conformidad con cierto hondo sentimiento poético de su espíritu. En la del Museo del Prado, pintada en la primera época española de Dominico, provista de la decoración arquitectónica que denuncia aún añoranzas venecianas, la Virgen es, más que tierna doncella, una digna matrona que recibe con clásica serenidad la inesperada nueva. En la del Museo-Biblioteca Balaguer, de la segunda época, y ya francamente española, descúbrese á la vez que apacibilidad y dulcedumbre, cierta candorosa inconsciencia é infantil alegría ante la declaración del angélico nuncio. En las de la última época, en fin, y sobre todo en la que guarda

(1) Cossío, *El Greco*, cap. v, pág. 159.

en París el Sr. Zuloaga, la más mística de todas, sorpréndese en el virgíneo rostro el sello de un gozo inefable y enteramente celestial. Hay un grupo encantador de cuadros del Greco, que es el de las *Sagradas Familias*. Yo no sé de nada más digno, más espiritualmente noble y á la vez más íntimo y tierno, todo en una pieza, que la expresión de la Virgen lactando á Jesús infante en el cuadro que fué de D. Raimundo de Madrazo, y hoy posee Mister Huntington: tipo físico, por cierto, genuínamente español y toledano, en cuyo rostro se lee la honda convicción con que la Virgen-Madre siente que aquel tierno ser que liba su sangre es á la vez su hijo y su Dios. Tras lo imponderable gozoso, lo imponderable doloroso. Aquella espectral Virgen en pie contemplando á Cristo en la cruz, del Museo del Prado, de extraño escorzo y aspecto más cadavérico que el del propio Crucificado, es algo en que se funden con aterradora intensidad el colmo del espanto y el del sufrimiento. Y aquella *Piedad*, que hoy posee también en New-York el hispanófilo Huntington, por sus caracteres mucho más italianizante, es la efigie de la desolación trágica, que clama al cielo—madre al fin, aunque madre de Dios—ante la inmensidad de su infortunio. Por último, llega la apoteosis y la gloria. Entre la *Asunción* de la Virgen, procedente de Santo Domingo el Antiguo y hoy desterrada en Chicago, gran obra de italiana filiación firmada en 1577 y la que aún, por dicha, se conserva en la iglesia de San Vicente de esta ciudad, pintada en los últimos años del autor, hay, cuanto al linaje del misticismo que en ambas campea, la diferencia que también existe entre la concepción italiana tradicionalmente idealista, y la española, más ideal-real y por lo mismo más honda y más punzante.

Pero donde la expresión más intensa á la vez que más original del misticismo llega á lo insuperable, es en una obra, en general, poco conocida y poco mencionada, á saber: la *despedida de Cristo y de la Virgen*, procedente del convento de San Pablo, de esta ciudad y ya perdida para Toledo y para España. En este cuadro, de figuras de medio cuerpo, las miradas de ambos personajes se penetran, sus manos diestras con sus actitudes hablan, sus siniestras se buscan y cruzan amorosamente y sus almas se

funden. La tal *despedida* no refleja, como pudiera pensar quien no conozca el cuadro, algo manifiestamente trágico y desgarrador, pero al cabo muy humano, de lo que debe ocurrir entre una madre y un hijo que tienen que separarse convencidos de que este último va en derechura á una cruel y afrentosa muerte. Por lo contrario, hay allí algo mucho más profundo y *filosófico*, más atrayente y sugestivo, hay algo muy grande que escapa al análisis, hay un drama oculto que realiza en el espectador su efecto emotivo con medios de expresión asombrosamente sencillos.

No trató el Greco muchas veces el Apostolado por entero como tema de composición. Cuadro muy notable y característice de los últimos años del artista, es, á este propósito, el Apostolado que con *Jesús en casa de Simón*, posee en París M. Ivan Stchoukine. Aquellos Apóstoles, dispuestos varios de ellos en violentos escorzos, tienen en sus expresiones y actitudes tanto ó más que de místicos, de locos y obsesos, con que se lleva al postrero límite la exageración *real-ideal*, en que morbosamente incurrió más de una vez el insigne candiota.

Cuanto á los Apóstoles reproducidos por el Greco individualmente, no son, por lo general, tipos extremados por la expresión religiosa ni por la intensidad mística. Son, al contrario, como ya he dicho, seres muy humanos, retratos de contemporáneos, si bien caracterizados con arreglo al especial modo de sentir del artista, y á las exaltaciones propias de su último estilo. Algún ejemplar se aparta de este general patrón, como ocurre con el Santiago (creído erradamente San Roque), que poseyó en Madrid doña María del Carmen Mendieta, en cuyo semblante, que mira al cielo, se pintan el amor divino y las ansias por los deliquios celestes.

Pero lo que más difiere de aquel humano naturalismo de los Apóstoles, es el tipo, harto repetido por el artista y para él grato, de *San Pedro arrepentido*, asunto que así en Pintura como en Poesía suele designarse con el expresivo título de *Lágrimas de San Pedro*. Este patético asunto era, y siguió siendo en adelante, muy adecuado á la inspiración de nuestros pintores religiosos y á las preferencias del pueblo devoto. Quien contemple la contri-

ción del Apóstol, interpretada por nuestro artista, en los hermosos lienzos—entre otros—del Marqués de Casa-Torres y de la Casa del Greco, de esta ciudad, obtendrá la visión más justa y más española del ascético misticismo nacional de los siglos XVI y XVII.

Con el penitente discípulo de Cristo, enlaza la discípula penitente, María Magdalena, abrasada de amor por su divino Maestro y amigo. Dos concepciones bien distintas de este tipo de santidad brotaron del pincel del cretense: la del Colegio de los Ingleses de Valladolid, que si no es de la primera época española lo parece mucho por sus reminiscencias italianas: opulenta de formas, extática, pero serena, y la de M. Fischoff, de París, que contempla atentamente un Crucifijo: figura más alargada, más ascética y austera, aunque rebosante aún en juventud. En un cuadro de composición, en el Cristo crucificado con las santas personas al pie, del Museo del Prado, es de verse una Magdalena abrazada á la cruz en violenta posición, toda neurótica y retorcida en fuerza de su exaltación mística. Y como contraposición violenta, es curioso ver en el ático del retablo mayor de la iglesia de Titulcia, consagrado por el artista en sus varias composiciones á María Magdalena, la asunción de la santa, que aparece completamente desnuda, de pie y sostenida en el aire por dos ángeles: representación extraña y nada conforme con los usos del Greco, cuyo rasgo, más que á un arranque de crudo naturalismo, que no sentía, hay que atribuir á sus achaques simbolistas y románticos.

De todos estos tipos de María Magdalena, mis preferencias son para la de Fischoff, que ya cité, rebosante en atención contemplativa, por lo mismo que obedece á una inspiración más sincera y más española, sin exageraciones; tipo ó repetido ó modificado en toda una serie de cuadros del segundo y del último período español del artista, en que pueden seguirse paso á paso los matices que en su mente revistió á una de las más admirables y sugestivas figuras morales del Cristianismo. Antójaseme, con todo, que el Greco, que, salvo en determinadas ocasiones, no acertó á encarnar en los tipos femeninos tanto como en los mas-

culinos la entraña del más sublimado misticismo, quedó en sus *Magdalenas* en un nivel inferior al de otras obras suyas ó más sentidas ó más estudiadas.

Mejor se acomodaba á las condiciones peculiares del artista la personalidad del gran Doctor de la Iglesia, San Jerónimo. Prescindamos de los *San Jerónimos* de medio cuerpo con traje cardenalicio (tipos, el de la *National Gallery*, de Londres, y el del Conde de Adanero), que no son cuadros místicos, sino verdaderos retratos de un viejo barbado é imponente. El tipo de San Jerónimo más comúnmente aceptado y vulgarizado por el Arte del Renacimiento, es muy otro. Es el caduco y escuálido anciano desnudo, de cuerpo entero ó en media figura, que invoca, más que penitente, desolado, el favor del cielo ó que golpea su pecho con una piedra, contemplando un crucifijo. El Greco, en sus períodos segundo y tercero español, con mayor ó menor intensidad expresiva, supo fijar este tipo, inclinándose generalmente á ese ascetismo penetrante y un tanto hosco, más atormentado por el torcedor del supremo juicio, que confortado por la perspectiva de los goces celestiales.

El gran Arzobispo toledano, San Ildefonso, tratado con más novedad por el artista, inspirándose en venerable tradición local, en su espléndido lienzo del Hospital de la Caridad de Illescas—uno de los mayores aciertos que logró en su larga carrera, así en la expresión como en la técnica—sí que trae á la mente del espectador, sugestionado, dulzuras propias del paraíso. El noble anciano, largo, enhiesto, espiritualizado, sentado ante su bufete, con la pluma de ave en la diestra y la siniestra apoyada en el libro que está escribiendo en defensa de la perpetua virginidad de María, suspende por unos instantes su tarea y, dirigiendo su mirada hacia una imagen de la Virgen, parece pedirla inspiración, á la vez que la rinde el tributo de todo su amor y el don de toda su alma. «El que se haya empapado en nuestro ambiente nacional—dice el Sr. Cossío en uno de los más bellos y elocuentes pasajes de su obra sobre el Greco,— podrá penetrar el vigoroso casticismo de este anciano seductor por su amable austeridad, por su digna sencillez... de esta página histórica, y de

este prototipo de nuestros escritores místicos-humanistas del siglo XVI, en el momento de su trabajo... que así hubieron de ser y así meditarían y escribirían sus libros los dos grandes Luises, el de León y el de Granada» (1).

No hay en toda la extensa obra del Greco personaje más tratado ni más hasta la saciedad repetido que el gran padre y fundador San Francisco de Asís (2). Por otra parte, y esto importa más aún, para ningún asunto por él interpretado acertó Dominico á hallar una fórmula—iba á decir una receta—más exacta y más adecuada á la figura moral del Serafín de Asís, viva en la mente del pueblo español.

Sospecho que el Greco, al andar su camino de Venecia á Roma, hubo de detenerse en Umbría y que hubo de visitar á Assisi, cuna y sepulcro del glorioso Patriarca. Si así fué, en aquel gran santuario de la Religión y del Arte, en aquellos dos templos gemelos, en que vertieron su genio los mayores maestros del primer Renacimiento sienés y florentino, se desplegarían ante su vista, con los maravillosos frescos del Giotto y de sus discípulos, la fecunda vida de San Francisco y las representaciones simbólicas de su Orden, y acaso allí su alma de cristiano y de artista romántico, al par que admiraría las producciones de aquellos gigantes de la Pintura, pudo enamorarse de aquel otro gran romántico de la santidad, de aquel Juan Moriconi, que destacándose «en la cima del siglo XIII» (3) provocó una de las más fecundas y saludables renovaciones que registra la Historia.

Sin que ello revista otro carácter que el de meras conjeturas, á lo menos parece demostrar el origen italiano de la afición franciscana en la mente del Greco, el *San Francisco*, arrodillado y en éxtasis, que posee en París el Sr. Zuloaga: tablita firmada

---

(1) *El Greco* (Madrid, 1908), cap. VIII, págs. 313 y 314.

(2) Hasta el año 1908, en que apareció con el libro del SR. Cossío su Catálogo de las obras del Greco, nada menos que sesenta *San Franciscos* del autor aparecen registrados, contando entre ellos así los rigurosamente auténticos como los fundadamente atribuídos.

(3) PARDO BAZÁN, *San Francisco de Asís*, tomo I; *Introducción*, página CLXIX.

por el autor, concebida y ejecutada por modo bien característico, y á la cual se considera obra de los últimos años de Italia ó de los primeros españoles de nuestro artista.

Pero el Greco vino pronto á España y á Toledo, y á su sutil espíritu helénico y de ocasional italiano debió de admirar el hecho de hallar en España y en la ciudad del Tajo un ambiente de franciscana austeridad, que pudiérase decir exacerbado en aquellos severos días en que ocupaba un Felipe II el trono de San Fernando.

A la verdad, el *franciscanismo* español databa de los primeros gloriosos tiempos de la Orden. Antes de su misma constitución y de su aprobación, venido á España, según respetable y constante tradición, el fundador San Francisco en 1214 (justamente hace ahora setecientos años) recorrió gran parte de la Península, propagó sus ideales, hizo muchas fundaciones, y por dondequiera que fué logró completos éxitos. Navarra, Vasconia, León, Asturias, Galicia, Portugal, Cataluña y ambas Castillas fueron campo de su labor y teatro de sus predicaciones (1). La Orden se difundió asombrosamente en España en el mismo siglo XIII y en los siguientes. Al acudir al reino de Toledo, no debió olvidar el santo varón á esta ciudad, antigua é ilustre cabeza de España. El primer convento franciscano que hubo en Toledo pretendió, como los de otras localidades, haber sido fundado por San Francisco. Es cosa cierta que en 1230 unos frailes menores se hallaban establecidos fuera de muros, en el cerro de la ermita de la Bastida, de donde se trasladaron, dentro de la ciudad, al sitio que hoy ocupa el convento de la Concepción. También se remonta al siglo XIII el origen del convento de religiosas de Santa Clara la Real, erigido en la Vega y trasladado al interior de la ciudad en 1371. Las fundaciones franciscanas continuaron en Toledo, y durante los días del Greco se contaban aquí nada menos que tres monasterios franciscanos de varones, entre ellos el

(1) Véase acerca de esta interesante materia el trabajo de FR. ATANASIO LÓPEZ, *Viaje de San Francisco á España*, recientemente publicado en el *Archivo ibero-americano* (año I, tomo I, Enero-Febrero, 1914), en el que con nutridos datos aparece resumido el asunto en su estado actual.

espléndido de San Juan de los Reyes, y siete de religiosas. La *Orden Tercera* tenía hermanos en Toledo en vida de San Francisco. La tradición franciscana estaba, pues, viva y floreciente entre nosotros en tiempo del Greco, y datos y conjeturas nos advierten cuán grandemente pesaba sobre su espíritu. Acaso era el Greco terciario de San Francisco. Acaso frecuentaba el trato de los observantes de San Juan de los Reyes, establecidos en su mismo barrio; ó, más verosímilmente, el de los franciscanos descalzos ó *Gilitos*, que desde 1610 tuvieron su convento á dos pasos, como quien dice, del taller del artista. Y sabido es ya hoy, por la afortunada diligencia de un joven investigador toledano (1), que el cabo de año del Greco se dijo por veinticuatro frailes de San Francisco y no por los de otra Orden, de entre las numerosas que radicaban en Toledo; claro indicio de la voluntad de Theotocópuli, conocida ó respetada por su hijo.

Varias de estas circunstancias hubieron de influir, sin duda, para que el Greco vaciase, por decirlo así, en el tipo que de conformidad con el pueblo castellano sentía, toda la esencia concentrada del misticismo ascético español en la más aguda de sus fases. Y así lo hizo nuestro artista, principalmente en su segunda y postrera época española, durante las que, en virtud de constantes y repetidos encargos—prueba palpable del unánime sentir social—salieron del taller del maestro tantos y tantos San Franciscos más ó menos variados en la forma, pero idénticos en el espíritu y en el carácter.

Así, pues, al primero y menos español de los tipos corresponde el San Francisco de D. R. García (de Madrid), media figura con la vista hacia el cielo, las manos cruzadas sobre el pecho y teniendo ante sí una calavera. Luego vienen, probablemente, el santo de pie ante el crucifijo, al cual parece dirigir palabra y pensamiento con penetrante expresión de tristeza y de ternura (colección del Marqués de Castro-Serna); el santo también en pie con la calavera ante sí, recibiendo absorto y con las

(1) San Román y Fernández, *El Greco en Toledo*. Testamento del Greco hecho por su hijo en virtud del poder que aquél le dió. *Vid.* pág. 201.

manos extendidas los estigmas de las cinco llagas (Marqués de Pidal y D. Ricardo Pascual de Quinto); el santo de hinojos, con las manos en cruz sobre el pecho, contemplando fijamente un crucifijo, que ante él se halla, y junto al cual hay un libro cerrado (D. Segismundo Moret); el santo en éxtasis ante un pequeño crucifijo que en alto aparece (Salas capitulares del Escorial); el santo asimismo extático y mirando al cielo, pero teniendo en la parte baja ante sí el crucifijo apoyado en una calavera (Herederos de D. F. Brieva); el santo de cuerpo entero y de rodillas, en actitud de inefable arrobamiento ante un rompimiento de celeste claridad que en lo alto fulgura, en tanto que abajo y á la derecha del cuadro, un religioso caído ó sentado y de espaldas, da muestras, con su ademán, del estupor que le ha producido el prodigio (colección del Marqués de Cerralbo); y, en fin, el santo de rodillas frente al espectador, en honda absorción contemplativa ante la calavera que tiene en la mano, escena que presencia un lego, que en media figura y con las manos cruzadas se ve hacia el ángulo inferior izquierdo (ejemplares del Museo del Prado, del Colegio de Doncellas, de Toledo, y otros).

Con tal multiplicidad de obras y de representaciones, si fué el Greco para el pueblo *el pintor de San Francisco*, coincidió del todo con la voz del pueblo la crítica erudita, representada por Pacheco, para quien Dominico fué el mejor pintor de San Francisco, «porque se conformó mejor con lo que dice la Historia» (1). Esta unanimidad tradújose desde los mismos días del artista hasta pasado mucho tiempo en un número extraordinario de copias é imitaciones más ó menos serviles del mismo asunto, muchas de las cuales han sido falsamente atribuídas al Greco, y cuya persistencia coincidió con la edad de oro de nuestra mística, decadente después con la decadencia de la dinastía austriaca.

No infundió el cretense, ó no acertó á infundir en los pocos santos que reprodujo de la familia franciscana, el exuberante misti-

(1) *Arte de la Pintura* (Madrid, 1866), tomo II, lib. III, cap. XIV, página 304.

cismo que en su seráfico patriarca. Los santos dominicos dan también escaso contingente en la enorme labor del artista; pero reflejan por completo el mismo carácter místico-nacional. Santo Domingo, ó el bienaventurado de su orden, que el Greco á las veces reprodujo, aparece de rodillas, orando ante un crucifijo ó ante una cruz que ase con una mano. En el bello ejemplar del Sr. Sanz Bremón, de Valencia, que es de la segunda época española, el santo, con las manos cruzadas, está absolutamente abstraído en íntimo recogimiento. En el de la iglesia de San Nicolás, de Toledo, de los últimos años del pintor, el protagonista se retuerce en una contorsión violenta y su rostro tiene aspecto de difunto, todo lo cual da á la obra un carácter que traspasa los límites del misticismo para caer dentro de lo desagradable y repulsivo.

Como ejemplo más saliente de ideal místico en las escasas santas del Greco, hay que mencionar á las santas Inés y Tecla, que con la Virgen, el Niño y dos ángeles forman una de las más deliciosas composiciones de su autor, gala hasta hace pocos años de la ilustre Capilla de San José, de esta ciudad. Al que juzgue á nuestro artista al través del único prisma del ascetismo macilento y verdinegro de algunos de los santos Franciscos y Domingos, sorprenderá la atractiva belleza y el irresistible encanto de estas dos santas Vírgenes, cuyas actitudes y cuyos rostros, uno vuelto hacia el grupo de arriba, otro con la vista recogida modestamente hacia tierra, son la suprema expresión del más suave y más amable de los misticismos.

Al conferir sobre materia artística en su relación con aquel sentimiento, que tanto aproxima el espíritu humano á la fuente eterna é inextinguible del divino amor, fuerza es que dedique unos momentos á los retratos místicos del Greco. Gran retratista este pintor, arrancó á las almas su secreto para publicarlo paladinamente en sus trasuntos aislados, en general excelentes y muchos de ellos maravillosos; así se ve en sus muy escasas damas, en sus prelados, eclesiásticos y frailes y en sus numerosos caballeros y ciudadanos, donde es frecuente sorprender el sello del carácter regional y toledano en su manifestación casi diaria y en

su aspecto puramente humano. Para hallar en los retratados por el Greco la expresión de lo humano-divino, el lazo misterioso que liga á los mortales con la divinidad, exteriorizado por las formas plásticas, hay que acudir á los cuadros de adoración, de que en la obra del artista no faltan notabilísimos ejemplares. En el cuadro de la *Resurrección del Señor*, del retablo de Santo Domingo el Antiguo, el eclesiástico que aparece en el ángulo inferior izquierdo, dirigiendo la vista al Resucitado, y que debe de representar al deán D. Diego de Castilla, por quien el Greco ejecutó esta obra, es un caso de misticismo sereno, más bien de simple devoción, como convenía á la tendencia italiana propia de aquellas célebres pinturas. Los numerosos santos y fieles prosternados en la parte inferior del lienzo llamado *Sueño de Felipe II*, de El Escorial, son ya casos de un misticismo más acentuado, en que se traslucen espíritus absortos y coloquios ultraterrenos. Al uno y á los otros superan con mucho en fuerza é intensidad de expresión las dos admirables figuras contemplativas de caballeros, el uno arrodillado y cubierto por el manto de la Orden de Santiago, y el otro de pie, vistiendo férreo arnés, que desde París han venido á ser nuestros huéspedes de algunos días por la generosidad de su poseedor el Sr. Errazu; arquetipo en lo que yo alcanzo y conozco el más representativo y perfecto de la profunda fe, del insuperado fervor religioso de aquellos españoles de nuestra edad de oro, que, sin apartar de Dios el pensamiento, ganaban provincias y reinos para la patria y encumbraban el nombre cristiano y español á una altura jamás superada en el curso de los siglos.

Estos dos últimos retratos llévanme como de la mano, si no por su fecha por su significación moral, á discurrir brevemente acerca de ese gran cuadro místico, de ese verdadero monumento erigido por Theotocópuli á la gloria del misticismo, y al que vulgar y no muy exactamente se llama el *Entierro del Conde de Orgaz.*

Líbreme Dios de emplearme á estas alturas en la descripción y en la crítica de aquella obra, de la que el más ilustre de los tratadistas del Greco ha dicho, formulando un juicio definitivo,

que es «la más substancial y penetrante página de la pintura española» (1). Todos la conocéis. Todos la habéis admirado. Todos os habéis sentido sugestionados bajo su influjo. Todos estableciseis las inevitables comparaciones entre la parte baja y la alta del lienzo, aunque no en todos haya la comparación producido las mismas impresiones y consecuencias. Ahora bien, no todos habréis tenido espacio para analizar el carácter propio de cada uno de los elementos integrantes y para aplicar la verdadera resultante de este solidario conjunto en orden á la idea mística.

Esa magna composición del *Entierro*, en que el artista profesional moderno ensalza sobre todo la maestría de la técnica, y en que el artista filósofo pondera ante toda otra cosa la conjunción del idealismo y realismo y la viva encarnación del ambiente nacional, en fondo y forma, y en que el romántico siente el hálito y recibe la caricia de la tradición y de la leyenda, y en que el simple, ingenuo creyente ve un milagro contemplado por buen golpe de señores y de eclesiásticos, encierra bien todo ello, pero representa sobre todo y por cima de todo la afirmación más solemne de lo sobrenatural, el triunfo del espíritu religioso y místico, vinculado, *cuando Dios quería*, en esta raza española. Recordad por un momento aquel mundo de personajes humanos y divinos animados por el soplo del genio, que ha ya más de tres siglos pueblan la iglesia de uno de los más típicos barrios de Toledo, no muy lejano del sitio en que nos congrega esta solemnidad. Traed á la memoria aquel buen caballero difunto y á los dos solícitos santos, personificación de la lozana juventud y de la ancianidad venerable; á aquellos devotos clérigos, á aquellos frailes ascetas, á aquella falange de nobles toledanos, y á aquel gentil pajecillo y á aquella imponente visión celestial, con su Cristo triunfador, su Virgen, sus ángeles y sus santos, en cuyos rostros y miradas, más aún, si cabe, que en los caballeros de abajo, se adivinan la dejación de lo terreno y corpóreo, la imagen del alma subyugada por la idea de lo infini-

(1) Cossío, *El Greco*, cap. VII, pág. 225.

to... Haced ahora abstracción de casi todo ello y atended sólo al recuerdo de los caballeros. Ese grave conjunto de agrupadas y casi alineadas cabezas, en que, según dicen, á una, la realidad y el historiador local Pisa, se hallan retratados muy al vivo muchos insignes varones de aquellos tiempos, está absorto y enajenado contemplando el prodigio con que Dios premia al dichoso Don Gonzalo, en cuyo puesto todos quisieran hallarse. No representan, no, aun con su negro indumento, pura moda de la época, á una España vestida de luto, muy distante de la realidad. No producen la melancólica impresión de días miserables, que en la segunda mitad del siglo XVI, en que se pintó el cuadro, no habían llegado para España; frescos como estaban aún los laureles de San Quintín, de Malta y de Lepanto, lejanas todavía las tristezas de Cataluña y de Portugal, de Rocroy y de la paz de los Pirineos. No reflejan la supuesta tristeza de una raza que había engendrado á Lázaro de Tormes y que se disponía á engendrar á Don Quijote y á Don Pablos, regocijo de los siglos. Ni aquellos ilustres toledanos son unos neuróticos, ni están acongojados, ni se curan para nada de los males ni de la decadencia de Toledo, que sólo se acentuará años adelante. Los tales caballeros, aquí tan devotos y recogidos, son aquellos mismos Silvas y Ayalas, Guzmanes y Mendozas, Rojas y Riberas, Manriques y Toledos, Lassos y Carrillos, que en las fiestas de toros y juegos de cañas de Zocodover hacían alarde de su destreza; los mismos que en el campo de Marzal, en la Vega, en la Huerta del Rey y en las Vistillas de San Agustín esparcían el ánimo y discreteaban con las damas y se adiestraban en el ejercicio de la jineta; que en las reuniones y Academias literarias del Conde de Fuensalida, del Conde de Mora y del Palacio de Buenavista, así se ejercitaban en lances de ingenio como en las armas y en la sortija, en justas y torneos de pie y de caballo; y, en fin, los mismos que en los predios, cigarrales y casas de placer de los pintorescos contornos, celebraban fiestas y banquetes, se entregaban al deporte cinegético y, en suma, apuraban los goces de la vida física, que pródiga les ofrecía la Naturaleza. Pero como hijos legítimos que eran de su raza y de su patria; como regían sus espíritus por las

doctrinas de aquellos otros escogidos, de fray Luis y del Maestro Ávila, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, espíritus, aunque místicos, luminosos, y para los cuales la tristeza era el peor enemigo de la devoción, sentían hondo y expresaban claro, con emoción viva, pero sin tristeza alguna, la aspiración de su alma ante el extraordinario cuadro, tan ajeno á la realidad terrena, de que en lo alto de la composición el artista se hacía intérprete.

Murió ahora hace tres siglos justos aquel insigne toledano, aquel «Griego de Toledo», como decía su panegirista el padre Mtro. Paravicino; perfecta personificación del tan vulgar como verdadero adagio: *No con quien naces, sino con quien paces*. Pero los fantasmas que palpara flotantes sobre la rocosa península ceñida por el Tajo, y á que él supo comunicar un soplo de vida, con él no desaparecieron. La noble ciudad en que reposan sus cenizas siguió amando á sus Cristos y sus Vírgenes, y sus santos y sus Magdalenas; y en tanto que pinceles más ó menos expertos pretendían reflejar, tratando los mismos asuntos, las cualidades del maestro, nuevas manifestaciones artísticas, brotadas también aquí al calor del ideal místico, mostraban cómo, dado un mismo ambiente espiritual, armónicas vibrarán siempre las cuerdas sensibles del corazón del pueblo, sean cualesquiera los medios de expresión que para ello hayan de adoptarse.

Cuando la vida del Greco se hallaba próxima á extinguirse, otro toledano ilustre, toledano de nacimiento esta vez, el maestro Josef de Valdivielso, entregaba á los tórculos su delicioso *Romancero espiritual*, uno de los libros más poéticos y de más florido y suave estilo que nos dejó la edad dorada de nuestra literatura, de cuyas inspiradas composiciones ha dicho un moderno escritor «que trascienden á gloria y á los gustos y deleites del Paraíso» (1). Muchas veces, al leer esas hermosas poesías, de tan altos y regalados conceptos, como son castizo su lenguaje y galano su estilo, me ha parecido tener ante mi vista alguna de las más punzantes y características creaciones de la fantasía del Gre-

(1) P. Miguel Mir, *Prólogo* de la nueva edición del *Romancero espiritual* (Madrid, 1880), pág. xvi.

co. Cuando el poeta sacro ensalza en un romance *á Nuestra Señora con el Niño Jesús en sus brazos*, llamándola

«Jardín guardado del cielo
donde el jardinero amor
plantó, por arte sutil,
el engerto de hombre y Dios;»

cuando en otro romance *de la negación y lágrimas de San Pedro* pondera cómo

«de la tierra de su pecho
sube uno y otro vapor,
que, hechos nubes, se resuelven
en agua de contrición;»

y también cuando en el admirable romance *de la despedida de Cristo de su Santísima Madre*, dice el primero á la segunda:

«Dadme, besaréos la mano,
y no me digais de no;
ved que os llevo atravesada
en mitad del corazón.
. . . . . .
A morir me parto, Madre,
¡ay! Madre, quedaos á Dios;
sí hareis, porque vais conmigo
y yo me quedo con Vos;»

digo que cuando estos tales y otros deleitosos bocados saboreo, entre los que tanto abundan en el jugoso y celestial *Romancero*, imagino ver juntos al gran pintor y al gran poeta del misticismo toledano; pienso que como coetáneos, como conciudadanos y como espíritus afines que eran por las comunes aficiones y por la misma inspiración artística, debieron de ser, fueron, sin duda alguna, muy buenos amigos; paréceme que los contemplo divertidos en apacible plática, en el fondo del estudio del maestro ó á la salida de los oficios de la Capilla Mozárabe; y, en fin, me parece ver que los contornos de sus graves figuras se van esfumando y perdiendo; que sus cuerpos se estrechan y se prolongan y cambian de forma, y que los dos humanos seres se truecan al cabo en lozanísimas ramas gemelas brotadas del mismo robusto tronco, del cristiano numen latente en el alma de nuestro pueblo, capaz de producir maravillas á requerimientos del genio.

Harto vengo ocupando vuestra atención, y fuerza es que ya

termine. Aquel hombre singular, á quien las dos Academias hermanas dedican este homenaje allí donde se desenvolvió y evolucionó su facultad creadora, es acaso el pintor más paradójico de los pintores nacionales. Él fué, sin disputa, un rebelde contra la factura histórica, contra el manierismo al uso; fué un revolucionario de la línea, del color y de la luz; es el padre de la técnica moderna.

Pero, en contraposición, ligado voluntariamente de por vida á una ciudad extraña, que será para él hogar, templo y sepultura, adáptase en lo religioso á sus modalidades características, participa de sus amores ultraterrenos y mantiene viva en el campo del Arte la tradición mística y ascética del pueblo español, que pronto ha de romper con su poderoso realismo, puramente humano, otro coloso de la pintura: el gran D. Diego Velázquez.

Cuenta una vieja historia toledana que estando el Rey Recesvinto con su corte en la iglesia de Santa Leocadia, fuera de los muros, ante el asombrado concurso surgió de su sepulcro aquella santa patrona de la ciudad, y con amoroso acento dijo al gran prelado, defensor de la virginal entereza, allí presente: *Ildefonso, por ti vive mi Señora.* Al resurgir hoy también los toledanos á la nueva vida, futura continuación de su gloriosa historia, han de decir asimismo al egregio pintor de San Ildefonso, cuyo espíritu parece que aquí nos acompaña: Dominico, por ti en algún modo vive para el mundo culto la señora de nuestros pensamientos, Toledo la pretérita, Toledo la inmortal. Y por ello hoy sus buenos hijos te ofrecen el tributo de su admiración y de su agradecimiento.—He dicho.

El Conde de Cedillo.

NOTICIAS

Se ha publicado el tomo xx de las *Cortes de los antiguos Reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña*, que comprende las Cortes de Barcelona de 1436-37, Apéndice, Parlamento de Barcelona de 1438, Cortes de Tortosa de 1439 y de Lérida de 1440, bajo la dirección del R. P. Fidel Fita y D. Vicente Vignau.

También se acaba de imprimir la segunda edición del tomo lx del Boletín de la Real Academia de la Historia.